COMUNIONES PRODIGIOSAS



Durante la estadía en Proceno, la dominica, Santa Inés Segni, iba a veces al huerto del monasterio para rezar en soledad bajo un árbol de olivo. Un domingo, al despuntar el alba, permaneció inmersa en la oración, sin darse cuenta del tiempo transcurrido. Sólo después se acordó que era día festivo y que debía escuchar la Santa Misa en el coro. Pero un Ángel del Señor se acercó llevando consigo la Hostia inmaculada para darle la Comunión. Este hecho se repitió sucesivamente.



El biógrafo de Santa Clara de Montefalco testimonió en los actos del proceso de canonización que "un día, Clara se acercó a la Comunión sin la capa. La hermana Giovanna le llamó duramente la atención, diciéndole: "vete, no quiero que comulgues". Escuchando estas palabras, Clara se dio cuenta que estaba sin la capa y sintió un grandísimo dolor. Regresando a su celda, lloró amargamente. Y mientras estaba bañada en lágrimas y rezando, Cristo se apareció ante ella y luego de darle un beso, le dio la Comunión, dejándola profundamente consolada".



La Beata Angela de Foligno narró que "una vez vio a Cristo en la Hostia, con el rostro joven pero también, grande y majestuoso, parecido a un rey. Parecía que, sentado en el trono, tuviese en la mano algo que fuese como un signo de mandato […]. Entonces, cuando los otros se pusieron de rodillas, yo no lo hice; no sé bien si corrí hacia el altar o si no me pude mover por el gusto y la contemplación. Probé, luego, una gran tristeza porque el sacerdote depuso demasiado rápido la Hostia sobre el altar".



El cuadro representa a Santa Francesca Romana junto con algunas hermanas en estática admiración ante la Custodia que irradió luz. Pordenone (Museo cívico de arte)



Una de las Misas milagrosas de San Gregorio Magno en la que aparece Cristo crucificado (Tier Museo Diocesano)



La gran mística, Teresa de Avila, gozaba de frecuentes visiones celestiales durante la Santa Misa

© 2006, Edizioni San Clemente